

## *GESTIONES PARA CREAR UN CENTRO DE EDUCACIÓN FUNDAMENTAL EN PÁTZCUARO\**

---

---

He hablado de otra posibilidad deparada a la UNESCO en 1949: la de crear un centro de formación de especialistas y preparación de material de enseñanza para una campaña de educación en la América Latina.

Durante su sesión de noviembre, el Consejo Ejecutivo escuchó al delegado de México, quien propuso a nuestro país como sede del centro. Y, el 23 de diciembre, escribí al presidente Alemán, explicándole las gestiones que habíamos iniciado ya con su Secretario de Educación Pública. Le anuncié que, dentro de la primera quincena de enero de 1950, irían a México dos funcionarios de la UNESCO: los señores Bowers, jefe de educación fundamental, y Manuel Jiménez, de la sección de conferencias. Habían recibido instrucciones de obtener, como participación de México, un local apropiado para instalar el centro, con tierras aprovechables, habitaciones amuebladas en las que pudiesen residir los maestros-alumnos, aulas, equipo y servicios.

La Secretaría de Educación Pública pensó, al principio, en adquirir –o alquilar– un inmueble costoso y en sitio poco adecuado. Afortunadamente, el general Lázaro Cárdenas resolvió la cuestión, pues –de la manera más generosa– ofreció su finca La Eréndira.

Estaba yo pendiente de esos asuntos, cuando recibí una carta de Gabriela Mistral. No me resisto al placer de incluir aquí algunos fragmentos de aquella epístola. Se refería Gabriela a la experiencia que había vivido, durante seis meses, en un "pueblecito allegado a la hacienda El Lencero", del Estado de Veracruz. Y me decía lo siguiente:

Perfecta paz. Una maestra demasiado blanca para un poblado indio. Buena mujer, pero sintiéndose infeliz a causa de su clientela, sin sacar agrado alguno de su gente. Una escuela nocturna alumbrada con dos candelas de sebo... Niñas desnudas a medias. Ella es paciente, es mamá, pero toma el cargo como una penitencia. Hay un comisionado –no sé el nombre del cargo– que vela por la paz del pueblecito. Blanco puro, como la maestra. Él, jovial, y

---

\* El desierto internacional, Memorias, 2a ed., Ed. Porrúa, México, 1981, p. 54.

enriqueciéndose con negocios de tierras. Ella muy pobre, mucho, y muy abandonada por los inspectores.

Lo del color, amigo mío –añadía–, es cosa seria en todo el campo que vi y que veo. La repugnancia del indio hacia el blanco, y no digamos el "rubio", es grande y viva. Yo he tenido, a pesar de mi color bastante mediatizado, algunos menudos percances. No con la aldea; con[...] Veracruz. (La ropa americana, tal vez, y la talla.) Varios niños casi desnudos. Una miseria sin vicio. Poco deben. Tampoco alborotan. Cada tarde, a las seis, están juntos, en verdadera congregación vespertina, hablando, hablando de su día. Nunca la profesora allí con ellos. Yo los he querido de un amor sin frases. Han sido mi golpe de emoción más fuerte y la flor de lo que me llevaré conmigo. No son una plebe, no son eso ni un solo momento. Son la vieja gente medieval[...]

Y concluía la gran poetisa chilena con esta posdata:

¿Cómo se podría alcanzar esto, T. B.: guarda esa comuna (digo aquí "municipio"), ese estilo de vida fraternal, añadiendo, sin embargo, lo que falta? Y lo que falta es poco, aunque parezca mucho. Falta atención médica para que no degeneren, faltan dispensarios, falta buen agua de beber, falta el que les paguen el salario mínimo legal, falta el que tengan maestros que convivan con ellos, falta crearles o mantenerles sus fiestas de antes. Ay, y que pasen del maíz a la lenteja y a la soya japonesa...

¡Optimista Gabriela! Todo eso, que le parecía poco, era en efecto mucho. El número de las aldeas, como la que ella me describía, no era pequeño en nuestra República y en muchas naciones de América. En condiciones todavía más dolorosas se hallaban enormes zonas asiáticas y africanas. No sería nunca bastante el esfuerzo hecho para alfabetizar a los iletrados. Tan importante como enseñarles a leer era, sin duda, enseñarles el arte de no vivir como víctimas de la vida. De ahí el sentido que traté de infundir a mis colaboradores en todo lo concerniente a lo que llamaba la UNESCO "educación fundamental". Deberíamos no limitarnos a la enseñanza de la lectura y de la escritura. Lo que habíamos intentado en México, durante los años de 1945 y 1946, era sólo mínima parte de lo que convendría realizar en lo porvenir. Para empresa tan magna, no sería suficiente el maestro. Urgía que el centro que pretendíamos instalar en Pátzcuaro contase con la ayuda de la Organización Mundial de la Salud y de la Organización para la Alimentación y la Agricultura. Lograríamos obtenerla. Pero manifiesto que –recordando a Gabriela Mistral– me inquietaba pensar en qué clase de técnicos designarían tales instituciones para "ilustrar" a los maestros latinoamericanos en el desempeño de sus tareas. ¿Serían sencillos, serían modestos, serían humanos? ¿Dedicarían a la enseñanza algo más que su inteligencia, su corazón?

A fin de atenuar el riesgo de que esos técnicos extranjeros resultasen inútiles por teóricos y destructores por arrogantes, estimé indispensable que el director del

centro fuese un maestro y un mexicano. Mi candidato para ese cargo, desde un principio, fue el profesor Lucas Ortiz. Lo había visto trabajar, con perseverancia y con humildad, en la Secretaría de Educación Pública. Podía recomendarlo muy ampliamente. Sin embargo, no fue fácil obtener del Consejo Ejecutivo aprobara su nombramiento. La ONU tenía por costumbre no designar como directores de sus centros y sus agencias a nacionales del país en que los fundaba. Pero el Consejo acabó por ceder ante mi insistencia. Me felicito de esa insistencia, pues en gran parte el éxito del CREFAL se debió a la designación de Lucas Ortiz.

...

